

SAN PEDRO Y SAN PABLO

1ª lectura (Hechos 12, 1-11): *Échate el manto y sígueme.*

Salmo (33, 2-3.4-5.6-7.8-9): *«El Señor me libró de todas mis ansias»*

2ª lectura (2ª Timoteo 4, 6-8.17-18): *He combatido bien mi combate.*

Evangelio (Mateo 16, 13-18): *Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?*

La base y fundamento de todo poder y autoridad radica en la capacidad de transmitir toda la bondad que definen el verdadero poder y la verdadera autoridad. Por eso resulta claro que el único que puede conceder este don es el que no tiene límites, y sólo el uso debido de este don ratifica y garantiza la autenticidad de su proveniencia. En cambio, el abuso de ese don desacredita a quien se vale del mismo para afianzar e incrementar su poder. El verdadero origen y causa de todo es el verdadero Señor, el Todopoderoso y Eterno Dios.

«Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo». Al igual que la declaración de Pedro ante la pregunta de Jesús desborda toda capacidad humana de saber y percibir la identidad del Mesías como Hijo de Dios vivo, del mismo modo el poder y autoridad que Cristo promete a Pedro **«Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia»**, rebasa toda transmisión de competencias y poder tal cual la conocemos nosotros en el desarrollo de la historia humana.

Recibid las llaves del Reino de Dios aquí en la tierra es convertirse en el garante del dominio de Dios sobre la tierra. Es de alguna manera devolver ese dominio que Dios dió al ser humano cuando lo creó para que dominase la tierra. Teniendo presente que ese dominio es un don gratuito, pero siempre participación del dominio divino, que no podrá ejercerse sino con la más íntima colaboración con la fuente y origen de ese dominio. De ahí la necesidad de una asistencia especial de la propia energía divina para mantener vivo e inquebrantable ese dominio.

Reconocer a Dios como Señor y Rey del Universo es una forma de participación de ese dominio divino tal como parece confirmarse en la concesión de Jesús ante la confesión de Pedro al reconocer al Maestro como Mesías, Hijo de Dios vivo. Esa es la clave para abrir el acceso al Reino de Dios y podernos instalar en Él. Un riesgo frecuente entre los humanos es delimitar el espacio o área celeste o trascendente para el Reino de Dios, que se entiende y define como el Reino de los cielos. Sin embargo, la presencia viva del Hijo de Dios en el mundo rompe esa distancia entre lo divino y lo humano, abriendo nuevos horizontes para una humanidad que se había distanciado y alejado del diseño inmortal del Creador.

La imagen que utiliza el relato evangélico para afirmar y consolidar esta promesa es la “roca” sobre la cual edificará la perseverancia y fidelidad a la confesión de Pedro. La Iglesia como respuesta fiel al mensaje de Cristo tiene concedida esa garantía de pervivencia, pues lo lleva consigo el mismo concepto de fidelidad del que no puede desligarse la Iglesia. Enraizados en esta fidelidad al Mesías, reconociendo que Él es nuestro Salvador, tenemos garantizado el acierto en nuestro obrar para que no resulte baldío y sin sentido trascendente. Esto es lo que nos enseña Jesús en la forma de dirigirnos al Padre Eterno.

Nuestro obrar aquí en la tierra será correcto si es la realización de toda la potencialidad y dignidad con que Dios nos creó. **«Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo».** La fidelidad a la voluntad divina es lo que avala el acierto en nuestras decisiones. Los teólogos han intentado definir a la Iglesia como el Reino de Dios en la tierra, es decir, como realización de esa petición que el propio Jesús nos invita a dirigir al Padre en nuestra oración: **«Venga a nosotros tu Reino».** Para no **«caer en la tentación»** de convertirnos en los jueces de nuestro propio actuar el Señor ha puesto al frente de la comunidad a Pedro, y sus sucesores, para que confirme a sus hermanos en la fe. Ese poder que Cristo concede a Pedro no puede ser manipulado ya que su fuerza y garantía radica en la fidelidad a la tarea que Dios le ha confiado.

Más conocida es la trayectoria de la conversión de Pablo: ni un solo momento deja el judío de Tarso de ser fiel a sus convicciones. Más aún, envalentonado contra el Mesías que él creía un embaucador reaccionará según el Espíritu ante esa ceguera que le envuelve y descubrirá una nueva visión que le permitirá reconocer en Cristo Resucitado al Mesías esperado. Para ello Saulo tendrá que prestar atención a la voz que le viene del cielo y abandonar su celo excesivo por la Ley que ha sido ampliamente superada por la Nueva Alianza, que establece un grado superior de familiaridad entre el ser humano y Dios.

Pero, en esta época que nos ha tocado vivir, el peligro más fuerte, que nos amenaza a todos los seres humanos, es la ambición del poder, que puede adoptar diversas manifestaciones, la utilización del cargo en provecho propio, el autoritarismo, el paternalismo, la grandeza y culto a la persona, etc. Esta tentación siempre ha estado acechando al pueblo de Dios, a Jesús y a la Iglesia. Jesús lo vio con toda claridad. Sin duda, porque eso es lo que más daño nos hace a todos, lo que más nos deshumaniza, lo que más nos divide y enfrenta. De ahí que Jesús no toleró, de ninguna manera, las pequeñas o grandes ambiciones de los apóstoles; vio que tenía que cortar de raíz incluso brotes, a primera vista, insignificantes de rivalidad y, sobre todo, las pretensiones de poder de unos sobre otros. La experiencia enseña que el poder absoluto es más eficaz que un poder compartido. De ahí la tentación constante que han tenido y tienen los dirigentes sociales y eclesiales de imitar el poder político.